

elementos de producción crítica  
narración

## *Todas las abuelas tienen un ojo de cristal escondido*

por Matías Escalera Cordero

Nunca he estado en Montevideo tampoco, en Santiago . Las calles estaban invadidas por una marea de almas silenciosas que demandaban la memoria de jóvenes olvidados, con sueños olvidados. Los padres callaban, las madres callaban, las abuelas callaban, los hermanos callaban, los hijos callaban los hijos no estaban; en aquella marea de silencio, no había hijos , y quizás por ello la corriente y su grito silencioso resultaba imparable. Un altavoz decía un nombre y el silencio respondía a su llamada. El altavoz decía otro nombre y el silencio respondía a la llamada, y el cansancio, y el vacío de los años, de los días, de las horas sin voz, sin hijos. Yo repetía cada gesto, a pesar de no haber estado jamás junto a ellos.

- Silvia Ayala...

- ¡Presente!

Lo mismo sentí en Buenos Aires, ciudad en la que nunca estuve, cuando una abuela en una plaza gritaba: ¡Os odiamos!, ¡os odiamos! ¡Jamás olvidaremos! Y, detrás de cada nombre, el silencio gritaba: ¡Presentes! Aunque la marea de almas silenciosas sabía que la ausencia era irreparable, como el dolor y el sufrimiento de los jóvenes de los sueños olvidados. Y sus viejas fotografías seguían siendo vapuleadas, expuestas al escarnio de las botas negras, de los inventores del negro futuro, a pesar del prolongado eco de las almas silenciosas y de sus lágrimas. De la búsqueda infructuosa y de la reparación escamoteada por los días que vendrán en silencio también. Nunca estuve en Buenos Aires, y ahora comprendo que debí estar alguna vez, pues también yo lloraba cuando el altavoz decía un nombre, y ese nombre era un rostro en blanco y negro sobre un mástil enarbolado por una abuela, y era el rostro sereno de un adolescente o de una joven madre o de un niño. Y las voces, también la mía, aunque jamás estuve en Montevideo, en Santiago, en Buenos Aires, gritaban: ¡Presentes! Contra toda esperanza. Seguros de la mentira.

Pero así son las cosas, no recuerdo las calles, o las aceras, o las terrazas de las avenidas, ni sus jardines, ni sus nombres; sin embargo, sé que una abuela, en una plaza, rompía el espeso silencio con voz quebrada y largas palabras funestas.

¡Os odiamos!, ¡os odiamos! ¡Nunca olvidaremos! gritaba . Y las calles estaban invadidas por otra marea de almas silenciosas. De pechos silenciosos, con nombres y rostros

blancos y negros llenos de esperanza. Seguros también de la mentira, mientras las abuelas hacían un corro y una tras otra cerraban el círculo de las iniquidades cometidas contra su sangre.

- Marcial Escalante.

- ¡Presente!



Ángel Sody de Rivas

Fue entonces cuando recordé el gesto de mi propia abuela al entregármelo. Y la oscura sima en que su alma andaba perdida. Y la fría inclinación de sus labios, al confiarme el ojo de cristal de su marido con el número de serie impreso a tinta azul en su reverso .

Lo había guardado, como oro en paño, en su mesita de noche durante años, y todos lo sabíamos. Quizás lo había hecho para este día pensé .

Yo entonces era un niño, pero aún recuerdo algo de lo sucedido, o me lo imagino, como imagino a Montevideo y a Buenos Aires y a Santiago, ciudades en las que nunca estuve; y, sin verlo, presiento el doloroso silencio de las abuelas buscadoras del pasado. Porque se parecen a mi propia abuela mirando el ojo de cristal con el número de serie impreso en su reverso; y sus gritos son el grito silencioso que creo entrever en los labios fuertemente cerrados de ella, en los que adivino después estas dos palabras: ¡Os odio! Y, a continuación, mientras respira, parece que añade: ¡Yo tampoco olvido!

Por eso, ahora que ato y cierro, por fin, el paquetito en el que he envuelto el ojo de cristal de mi abuelo, y escribo sobre su cubierta las señas de la abuela del pañuelo blanco del lejano Buenos Aires, la que gritaba: ¡Os odiamos!, creo que estoy cumpliendo un deber de justicia con mi propia sangre y con la abuela que guardó para mí, quizás para este preciso momento, aquel ojo sin vida aunque lo animase, a veces, esa extraña vida propia de los objetos redondos, especialmente si tienen forma esférica, y a pesar del miedo que sentía de niño mientras lo contemplaba mirándome desde el cajón de la mesita de noche, como si el cajón, de pronto, tuviese un ojo ciclópeo y se convertía para mí en un cajón tuerto o en un cajón cíclope, como el viejo Polifemo, del que me hablaba mi tío Expósito, el mismo al que llamaban los niños, el Sapo .

...

Lo primero que recuerdo -o imagino recordar, a veces- es el estruendo de las sillas y de los sillones de mimbre, de las hamacas, de la mesa camilla y de la cantarera moviéndose de un lado a otro, mientras los niños de la casa eran levantados en volandas por los mayores, siempre que a mi abuelo se le caía por accidente o descuido su ojo de cristal. Al grito de: ¡El ojo!, todos saltaban de donde estuviesen sentados y lo primero que hacían era tomar entre sus brazos a los más pequeños y, a continuación, movían, con una técnica y sistema perfeccionados con los años, uno a uno los muebles del salón o del zaguán en que la familia descansaba, cenaba o dormitaba durante las largas siestas del verano, hasta encontrar por fin en cualquier rincón o debajo de los pesados aguadores el ojo perdido.

Era un estrépito que a los niños divertía y excitaba, y que les hacía jalear, entre chillidos de contento por el tremendo jaleo, cada una de las acciones de sus mayores. Pero que, a mi abuelo, humillaba y entristecía. Mi abuela, que lo sabía, una vez resuelta con éxito la búsqueda, mandaba, con suave energía, retirar a los niños, de modo que su marido pudiese encajar, con gesto rápido y digno, la bolita de cristal dentro de su cuenta vacía, sin ser observado por la atenta y curiosa mirada de los pequeños.

Fue la Nochebuena del cuarenta y uno, cuando llegaron los hombres vestidos de azul. ¿Qué sucedió exactamente? No lo sé. Sólo que hubo golpes e insultos, que un antiguo novio despedido de mi abuela denunció a mi abuelo; en fin, lo de siempre. Nada de lo

que uno espera; por lo que uno espera morir en tales circunstancias. Que finalmente lo detuvieron y se lo llevaron.

Según supe después o escuché contar en voz baja, años más tarde, de todo lo que le hicieron en la jaula en que lo encerraron, no fueron los golpes, o los pinchazos con el estoque de un maletilla que habían arrestado junto a los cercados, y que también recibía lo suyo; o los latigazos con las sogas de esparto de los albañiles, que entumecían, y terminaban desgarrando su piel; no era todo eso lo que verdaderamente humillaba a mi abuelo y lo remató por dentro, sino que jugasen al balón con su ojo de cristal en presencia de los guardias y de todos los que allí estaban pensando como él. Y que, poco antes de apuntillarlo, se lo clavasen en el pozo seco de su cuenca amoratada al revés, con el ominoso número de serie por mirada, o con una mirada que parecía computar el número de las víctimas sobre una inmensa catarata blanca, mirada monstruosa y extravagante, grotesco guiño con el que se fue de este mundo, corrido y silencioso. Como si los niños le hubiésemos pillado desprevenido encajándose con el cuidado y la concentración que solía, después de una de aquellas siestas interminables. Pero aún más humillado.

Sea como fuere, aquel ojo fue lo único que pudo rescatar mi abuela de su hombre muerto. Se lo dio como por caridad uno de los que ayudaron a tirar el cadáver frío y acartonado por el barranco, antes de que se lo terminaran de zampar los cerdos. Fue mi tío, el Sapo, según creo.

Al llegar a casa, mi abuela se vistió de negro y guardó en su mesita de noche la bolita blanca con su negra pupila brillante y su número de serie en el reverso envuelta en un pañuelo, hasta que un día, antes de morir, me lo entregó, sin añadir nada más. Habían pasado muchos años y aún vestía de negro. Ahora yo lo guardo envuelto en un pañuelito blanco, y se lo envió a otra abuela buscadora del pasado. Indagadora de lo oscuro. Así son las cosas, yo no he estado nunca en Montevideo, ni en Santiago, ni en Buenos Aires, pero vi una marea silenciosa que recorría imparable las avenidas, y recordé entonces aquella bolita blanca y aquel número grabado en su reverso. Es posible pensé que en él se guarde una clave, un secreto que sólo las abuelas sabrán descifrar.